

MOLINAS Y PUIG,

EDITORES.

LA MUJER MÁRTIR

NOVELA DE COSTUMBRES.

ORIGINAL

- DE -

D. Juan Gonzalo de la Selva.

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE MOLINAS Y PUIG,
calle de Muntaner, núm. 10, Ensanche.

1877.

Cuaderno 15.

L47
3232

MOLINAS Y PUG

EDITORES

NOVELA DE COSTUMBRES

ORIGINAL

-- DE --

D. Juan Gonzalo de la Seta

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE MOLINAS Y PUG

Calle de Montaner núm. 10. España

1877

LA MUJER MARTIR

Quedando a la...

En seguida procedióse á la interpretacion de aquellos signos, algunos de los cuales se referian á aclaraciones y datos que no tenian relacion alguna con el asunto que les interesaba.

Pero por último, cansados de ver defraudadas sus esperanzas, Lúcas Gomez exclamó con cierta alegría:

—Ya decia yo que era imposible que me hubiesen engañado.

—¿Hay algo de particular?—interrogó el Gato.

—Haga usted el favor de descifrar esta nota—dijo Lúcas Gomez con aire de satisfaccion, indicando los signos á que se referia.

Adolfo no podia traducir aquellos geroglíficos con la rapidez del que se conocia que tenia en ello una gran práctica, y esta fué la razon porque se le anticipó Lúcas Gomez en la lectura de aquella nota, en la cual, por otra parte, no habia tenido aun tiempo de fijarse.

Adolfo fué buscando letra por letra y palabra por palabra la relacion de los signos de la nota con los de la clave.

—Milagro que no jugara tambien en esta cuestion ese pícaro de siete suelas—exclamó de pronto Adolfo.

—¿Quién?—preguntó el Gato con viva ansiedad.

—El insigne compañero del tio Nelo.

—¿Ese tal Pedro Lopez?

—El mismo.

Y Adolfo se puso á descifrar con ayuda de la clave aquellos signos, cuyo contenido era el siguiente:

«Se ha conseguido averiguar que la única que queda de esa noble familia del marqués del Peral, es esa muchacha, á quien corresponde por consiguiente el marquesado y su inmensa fortuna, despues de la muerte del que hoy los posee.»

—Como usted ve—observó Adolfo interrumpiéndose—esto es mucho más importante de lo que presumíamos.

—Tambien debias saberlo—dijo el Gato á Lúcas Gomez en vez de contestar á la observacion de Adolfo.

—Lo sabia y no lo sabia—contestó Lúcas Gomez.

—¿Cómo se entiende eso?

—Sabia que con el tiempo debia heredar Lucila una gran fortuna, pero ignoraba todos los detalles que en esas notas se hacen constar.

—Se conoce que fuísteis en esa jugada de pillo á pillo.

—Pero esto prueba que yo fuí el más inocente de todos; que los más canallas fueron Estéban y la Tuerta.

—No, eso prueba únicamente que á pesar de toda tu sagacidad, te

la supieron pegar; de lo cual por otra parte me alegro mucho, porque al ménos así hemos conseguido descubrir lo que de otro modo hubiera sin duda sido para nosotros un eterno misterio.

—Si dijese que no hubiese procurado utilizarme, tal vez no se me creería.

—Tienes mucha razon.

—Por lo mismo me abstengo de replicar ni una sola palabra.

—Haces perfectamente.

—Solo me permito observar, que en la actualidad estoy atestiguando mi buena fé, sin separarme ni una línea del compromiso que contigo contrajé.

—Debo confesar que no esperaba lo que estoy tocando.

—Todavía te convencerás más cuando ese caballero haya concluido de descifrar esas notas.

—Tenga V. la bondad de proseguir, Adolfo—dijo el Gato.

—Prosigo—contestó el jóven.

Y despues de cotejar durante breves instantes los sucesivos signos con la clave, continuó leyendo:

«El marqués actual es un viejo de ochenta y tantos años, que reside en Roma, y que ha jurado no volver más á España, de donde salió siendo aun jóven, perseguido como hombre político y lleno de desengaños.

»En varias ocasiones ha demostrado grandes deseos por conocer á la que ha de heredarle, y ha hecho practicar algunas gestiones para averiguar su paradero á fin de llamarla á su lado.

»Estas últimas circunstancias pueden utilizarse ventajosamente.

»Las principales fincas de esa inmensa fortuna que, segun noticias ciertas es una de las principales de España, radican en Búrgos, de donde es hijo el marqués.

»El amigo Pedro Lopez tiene una nota duplicada de todos estos antecedentes, á fin de que pueda ir dando los pasos necesarios para preparar el terreno y dar un golpe de mano seguro en la forma que nos convenga.

»En poder de Pedro Lopez obran tambien los documentos pertenecientes á la muchacha y á sus padres, por ser necesarios para adquirir otros, sin cuya presentacion no hubiese sido posible.

»Te lo prevengo, amiga Tuerta, para que en caso de que á mí me sucediese una desgracia, sepas á qué atenerte, y pongas los medios para evitar que te juegue alguna mala pasada; pues á pesar de que

hasta ahora no tenemos de él ningun motivo de queja, los hombres son hombres, y el que más y el que ménos puede tener una hora loca. Mucho más tratándose de una fortuna como esa.»

—¡Parece mentira que haya en el mundo séres tan depravados! —exclamó Adolfo así que terminó aquella lectura.

—Y tantas veces como le salvé de las garras de la muerte! —añadió el Gato demostrando cierto sentimiento por haber obrado con Estéban con su nobleza acostumbrada.

—Lo malo es, que ¿quién le echa mano á Pedro Lopez? —observó Lúcas Gomez, con el intento seguramente de contraer un nuevo mérito.

—Buena intencion tenia yo de dirigirme en busca suya antes de ir á casa del otro miserable. Me hubiese evitado el percance que por de pronto echó á rodar todos mis planes, y quizás hubiese adelantado mucho más.

—Sin duda—apoyó Lúcas Gomez—pues segun tengo entendido el pájaro habrá volado á estas horas de la jaula, esto es, habrá salido de Madrid, porque así lo anunciaba ayer en una carta dirigida á un amigo del tio Nelo.

—Algún otro bribon.

—No lo creo; es uno de esos amigos de buena fé, que creen tratar con un hombre de bien, sin saber que en el fondo de aquel á quien creen digno de su amistad existe una historia de maldades.

—Se conoce que hablas por esperiencia propia.

—Aunque así fuese, creo que en la actualidad estoy probando que mi conducta es muy distinta de la de otros tiempos, especialmente contigo, que me porto como pudiera hacerlo el más honrado de los hombres.

—En efecto, el testimonio que acabas de darme de tu buena fé, te ha levantado mucho ante mis ojos, y has ganado un trescientos por ciento para conmigo.

—Yo me alegro mucho.

—Pero te falta hacer el principal mérito para acabar de adquirirme mi completa amistad.

—Estoy á tus órdenes.

—Dices que Pedro Lopez ha desaparecido de Madrid.

—He dicho que anunciaba en una carta dirigida al tio Nelo, informándose del estado de salud que éste se encontraba, su próxima salida de la córte.

—Pues es preciso que me ayudes á averiguar su paradero, y me tengas al corriente de cuanto se refiera á aquel bribon.

—Por mi parte pondré todos los medios que estén en mi mano, y creo que me será posible conseguir no perderle de vista.

—Quedamos así, pues.

—No hay que hablar más.

Convenidos así, pasaron un rato más juntos para refocilar sus estómagos algo estenuados por el cansancio de aquel dia, y luego se separaron buenamente, dándole un guia á Lúcas Gomez, para evitar que no tuviera ningun tropiezo en el camino.

CAPITULO LXXVII.

Una proposicion aceptada.

Lúcas Gomez habia prestado al Gato muy buenos servicios desde que empeñara su palabra con él de someterse en absoluto á su voluntad, pero en la ocasion á que nos referimos estaba decretado que no saliera tan airoso como él se habia imaginado.

En honor de la verdad, mirando la cuestion bajo el punto de vista de conveniencia propia, le sobraban á Lúcas Gomez buenos deseos de servir al bandido, con la lealtad, digámoslo así, que hasta entonces en varios casos habia demostrado.

Pero medió la circunstancia imprevista, y por consiguiente inevitable, que Pedro Lopez se eclipsó de pronto como por magia. —

El amigo del tio Nelo, de quien pensaba valerse Lúcas Gomez, no volvió á recibir otra carta más que la en que le anunciaba su salida de Madrid en direccion al extranjero.

El punto del extranjero donde se dirigia no lo designaba, contentándose con decirle que le escribiria á su llegada á cierta capital de Europa.

Esto, por razon de los antecedentes que se tenian, bastaba sin embargo para revelar lo que en otro caso hubiera sido un enigma indescifrable.

Lúcas Gomez pensó primero que nadie, si bien el Gato, Adolfo y Martillo estuvieron desde luego de acuerdo con él, pensó, repetimos, muy cuerdamente, que Pedro Lopez tal vez se habia decidido á utilizar aquellos documentos que segun las notas geroglíficas de Estéban, tenia en su poder.

Llevados de aquella unánime idea, cada uno por su lado se comprometió á utilizar todos cuantos elementos contara en el extranjero para averiguar la verdad de aquel hecho, teniendo todos ellos el sentimiento de ver defraudadas sus esperanzas.

—Estoy seguro de que Pedro Lopez no ha traspasado la frontera, ni mucho ménos—observó Lúcas Gomez el primer día que se reunieron para dar cada uno de por sí cuenta de sus gestiones.

—Es muy extraño, pero á mí me dicen lo mismo personas de confianza á quienes me dirigí—dijo Adolfo.

—Y á mí me sucede otro tanto—añadió el Gato.

—Y á mí—concluyó Martillo.

Los cuatro guardaron breves instantes de silencio, y Lúcas Gomez, siempre ansioso de contraer méritos que tanto le convenian para no desmerecer de la confianza del hombre cuya sola presencia le infundia el mayor espanto, fué el primero en interrumpir aquel corto silencio, diciendo:

—Es muy posible que para evitar cualquier evento, haya adoptado el sistema de esconderse por algunos días en cualquier sitio muy oculto de los mil que hay inmediatos á la frontera.

—No fuera nada extraño—apoyó Adolfo—pues segun tengo entendido es muy sagaz.

—Ladino como él solo—añadió Martillo.

—Si se pone al alcance de mis manos, le arreglaré la cuenta de modo que no tenga ya más ganas de habérselas conmigo.

—Yo creo que lo mejor seria que uno de nosotros hiciéramos una excursion investigatoria en aquel país—propuso en seguida Lúcas Gomez.

El Gato manifestó su asentimiento, al cual se adhirieron inmediatamente los demás.

Solo faltaba quien se prestara á ponerlo por obra, toda vez que algunos de ellos no podian estender sus operaciones, de esta ó de la otra naturaleza, más allá de la zona que por sus condiciones especiales tenian forzosamente asignada.

Esta fué la primera consideracion que se le ocurrió á Adolfo,

que al parecer se tomaba en aquella cuestion un interés vivísimo.

Hay que advertir, para no dar lugar á falsas y pésimas interpretaciones, que Adolfo Guzman de Haro no se llevaba en lo que acaba de manifestarse ninguna mira ulterior que pudiese hablar en contra de su probada nobleza y lealtad.

Consistia única y exclusivamente en que la jóven á quien afectaba aquella cuestion, habia llegado á adquirirse con sus desvelos, solicitud y constantes cuidados las tiernas y profundas simpatías que un corazon generoso y agradecido es capaz de sentir en tales casos.

Adolfo amaba á Lucila como á una verdadera hermana.

Lucila le daba por su parte todas las fraternales pruebas que pueden exigirse de un sér naturalmente tierno y bondadoso, enlazado por aquellos vínculos de consanguinidad.

Adolfo hubiese querido ser quien corriera en busca de aquel miserable, que por lo visto se proponia usurpar aquel titulo y aquella inmensa fortuna que á Lucila correspondia.

Pero ni se lo permitia aun el estado de la pierna, y aunque se lo hubiese permitido, se encontraba imposibilitado por otras causas.

Continuaba la cruzada levantada contra él y cuantos en su caso se encontraban, pues todos estos hechos coincidian con la prision de don Manuel Martinez de Mendoza y algunos otros conspiradores de su talla.

En virtud de lo espuesto, Lúcas Gomez, que se habia ya abstenido de ofrecerse, por no infundir recelos respecto á su lealtad, creyó oportuno esponer:

—Señores, si por las circunstancias especiales que en cada uno de nosotros concurren no se halla ningun otro en el caso de poder llevar á cabo lo que se considera conveniente, yo desde este momento me ofrezco, prometiendo formal y firmemente no desistir de nuestros propósitos hasta conseguir un decisivo y feliz resultado.

Los otros tres individuos cambiaron entre sí una rápida mirada de inteligencia.

—Por mi parte no veo inconveniente alguno—dijo Adolfo.

—Yo soy el que ménos interés puedo tener en este asunto hasta cierto punto—observó Martillo—pero no creo que se deba obrar con una ligereza que quién sabe el resultado que podria tener el dia de mañana. Porque hemos de ser francos; convengo en que hasta hoy Lúcas Gomez ha obrado con cierta lealtad, pero como esta lealtad es forzada, como no es debida sino al temor de que si falta á ella sufrirá

su debido castigo, quiere decir que nadie puede asegurarme que al tropezar con su antiguo compañero Pedro Lopez no varíe de opinion, y en vez de hacer lo que promete se una con él para hacer todo lo contrario.

Lúcas Gomez no hacia más que moverse mientras el interlocutor se espresó en tales términos, demostrando la penosa inquietud del que se ve atacado cuando ménos lo espera, y al terminar el bandido sus observaciones, exclamó:

—¡Oh! eres inexorable, Martillo.

—Por más que hagas, yo ya no he de fiar más en tí.

—Como quieras, no puedo oponerme á tu voluntad ni á la de nadie.

—Sin embargo—observó el Gato—es preciso dar todos esos pasos.

—Tú eres el principal interesado en la cuestion—dijo Martillo—y dispondrás lo que mejor te parezca.

—Yo creo que los hombres, por malos que hayan sido, pueden arrepentirse—observó el Gato.

—No hay duda—apoyó Adolfo.

—Me gusta ser ante todo justo—repuso el Gato—y es la verdad que hasta hoy Lúcas Gomez no me ha faltado á su palabra.

—Ni faltaré—dijo Lúcas Gomez con cierta energía que espresaba una verdadera resolucion.

—Nada, corren de tu cuenta todas esas gestiones, y no tendrás motivo de queja de mí si cumples como has prometido.

—Tengo mucho mayor empeño en ello desde que Martillo ha manifestado su injusta desconfianza.

—Yo me alegraré mucho de que suceda lo que no confío—dijo Martillo.

—Pronto se verá—repuso Lúcas Gomez.

—Has de tener presente que eso no puede dejarse dormir—advirtió el Gato.

—Desde mañana principiaré mi campaña—dijo Lúcas Gomez.

En efecto, Lúcas Gomez empezó á practicar varias diligencias al día siguiente, y despues de reunir todos los datos que le fué posible, emprendió su viaje con arreglo al itinerario que tuvo por conveniente trazarse.

CAPÍTULO LXXVIII.

Inútiles pesquisas de Lúcas Gomez.

Lúcas Gomez dirigióse á Madrid, donde no encontró á quien confiaba que podia ponerle mejor al corriente de lo que sucedia respecto á Pedro Lopez, que era Manolo.

Recorrió los principales puntos de la carretera de Francia hasta Irun, y nada sacó en claro de cuanto deseaba.

Pedro Lopez habia desaparecido como si hubiese caido en un pozo, y nadie sabia tampoco lo que habia sido de Manolo.

Lúcas Gomez pensó si tal vez estaban en combinacion aquellas dos buenas piezas, y recordando que, segun se decia en la nota de Estéban, las principales fincas del marqués del Peral radicaban en Búrgos, de donde el tal marqués era hijo, creyó que tal vez estarian en aquella ciudad, gestionando para poner en seguida en práctica sus planes, y trasladóse á dicho punto.

Llegado allí, registró, investigó, procuró adquirir las respectivas noticias sobre tales sugetos, y no consiguió sacar nada en limpio.

Era un misterio aquel que no acertaba á descifrar Lúcas Gomez.

—No puede haber sucedido otra cosa—se dijo—sino haberse ido á Roma. Yo emprenderia sin detencion el viaje hácia allá; pero no me

atrevo sin antes poner en conocimiento de esa gente el resultado de mis investigaciones, y esperar que acuerden lo que crean más necesario.

Lúcas Gomez tomó sin dilacion el camino hácia Elda.

Esto coincidía con la salida de Madrid de Elvira y Ernesto para Sevilla.

Mientras sucediéronse los acontecimientos que á su debido tiempo hemos referido, durante la permanencia en Andalucía de Elvira y Ernesto Alvarez, hasta el momento en que volvieron á Madrid en el triste estado que saben nuestros lectores, tuvieron lugar una série de peripecias entre Lúcas Gomez, el Gato, Martillo y Adolfo Guzman de Haro, que vinieron á dar por resultado fatales consecuencias, como la ruina de Eduardo Velazco, la muerte de Martillo y la desaparicion de Lúcas Gomez.

Durante aquel periodo tuvo lugar la fuga del brigadier don Manuel Martinez de Mendoza, del alcázar de Sevilla, y al poco tiempo la revolucion que salvó, como era consiguiente, á Adolfo Guzman de Haro del apuro en que se encontraba.

Lúcas Gomez habia hecho por fin una de las suyas, de la cual fué víctima Martillo, logrando escapar por una rara casualidad Adolfo y el Gato.

El paradero de Pedro Lopez continuó siendo un impenetrable misterio.

El dia en que se hicieron sentir los primeros estallidos de la revolucion, Adolfo dijóle al Gato:

—Por fin, empieza á lucir otro sol para nosotros.

—Me alegro tanto del bien de mis amigos, como del mio propio—contestó el Gato—pero para mí todos los dias que me quedan de vida han de ser iguales.

—Sin embargo, ha llegado el momento de poder hacer por mi parte algo, para que se mejore su triste suerte—repuso Adolfo.

—Lo veo tan difícil, que lo considero como un imposible—dijo con cierta tristeza el Gato.

—No sé por qué debe V. desesperar.

—Porque es mucha mi desgracia.

—Otros verdaderos criminales consiguieron que se les perdonara y V. desespera de ese modo.

—Conozco lo que son los hombres; otros habiendo cometido los crímenes más atroces, no tendrían la nombradía que tiene el Gato,

que no ha cometido ninguno que merezca ser clasificado de tal, y como el hombre tiene lo que los otros le quieren dar, estoy seguro que su injusticia ha de ser conmigo inexorable.

—Ya he dicho mil veces que cuento con la influencia de un hombre que vale mucho en todos conceptos y que creo nos ha de servir en este caso con toda su alma.

—Me alegraré que no tenga usted que lamentar un desengaño.

—Por parte del hombre que me ha dado pruebas de quererme como á un hijo, es imposible!

—Podrian interponerse otras influencias más importantes que la suya.

—Hoy lo dudo.

—Las cosas se enredan á veces como uno ménos se imagina, y se tropiezan con obstáculos que nunca podian esperarse. ¿Qué nos está sucediendo con la cuestion de Lucila?

—Es una de las primeras cuestiones de que pienso ocuparme tan pronto como llegue á la córte y esté en posicion para poder utilizar los medios que necesariamente me ha de facilitar la importancia del brigadier.

—Eso me será mucho más satisfactorio que lo mio; pues al ménos en medio de su gran desgracia, podria aun esa pobre muchacha figurar en la esfera que le corresponde y ser tal vez feliz.

—Cuenta usted con que no he de descansar un instante hasta conseguirlo.

—Eso ya es más fácil.

—Es muy cierto, pero no estaré contento hasta alcanzar lo uno y lo otro.

—De todos modos, esa circunstancia que entre Lucila y yo se ha interpuesto hace que en cierto modo me sea ya indiferente lo que antes me hubiese servido de gran satisfaccion. Antes al contrario, comprendo que yo podria perjudicarla una vez en posesion de sus derechos, y como hombre honrado, á pesar del carácter que para el mundo tengo, debo procurar á todo trance que ni remotamente se llegue á vislumbrar las relaciones íntimas que entre ella y yo han existido.

—Eso jamás lo consentirá Lucila.

—Tendrá que consentirlo á la fuerza.

—¿Cómo!

—El dia que yo pueda decirle, aquí tienes estos documentos que

acreditan que eres la heredera de un título de nobleza y de una inmensa fortuna, aquel día el Gato dejará de existir para Lucila.

—Es V. el hombre más noble y generoso que he conocido—exclamó Adolfo conmovido y estrechando su mano con sentida efusion.

El Gato correspondió á esta última demostracion, pero no le fué posible contestar una sola palabra.

Dos gruesas lágrimas desprendiéronse de las pupilas del bandido.

Habia concluido por querer á aquella jóven como hija, y experimentaba con anticipacion la honda pesadumbre que habia de costarle el separarse de ella.

CAPÍTULO LXXIX.

Justa exigencia de una madre.

Adolfo Guzman de Haro partió en seguida para Madrid, donde el brigadier don Manuel Martinez de Mendoza, á quien habia escrito, estaba ya esperándole con viva impaciencia, y empezó á hacer gestiones sobre lo que el Gato le habia prometido.

En aquel interin fué cuando se interpuso el incidente de Ernesto y Elvira en la calle de la Comadre, y esto le obligó á suspender por algun tiempo sus trabajos.

La intervencion del brigadier y la consideracion á Elvira hicieron que se desarmase la cólera y el mortal odio que Adolfo profesaba á Ernesto Alvarez, de quien habia prometido tomar venganza, ya por la conducta que observara con la jóven, cuanto por la que habia observado con él, en inteligencia con Pedro Lopez y el tio Nelo, así como por la infamia cometida con el Gato.

Los espíritus nobles y generosos, como nuestro jóven, más bien perdonan que vengan, y no debe estrañarse que con tan digna caballerosidad se prestara á perdonar aquel miserable y hasta á hacer cuanto fuese en beneficio suyo, para demostrarle la distancia que entre ellos verdaderamente existia.

Transcurrido habian casi dos años y medio, y Adolfo nada habia podido conseguir respecto á la cuestion de Elvira, y mucho ménos respecto á la del Gato.

Lo único que habia podido averiguar era que habia existido en Roma un marqués del Peral, hombre de bastante avanzada edad, misántropo por escelencia, y enemigo por consiguiente de todo roce social, el cual, haria como cosa de unos dos años y medio que habia trasladado su residencia á París, sin que se hubiese vuelto á saber nada más de él.

En cuanto al indulto del Gato, se tropezaba con grandes dificultades, á pesar de poner en juego don Manuel Martinez de Mendoza toda su influencia y la de sus numerosos amigos, si bien se le hacian concebir al interesado muchas esperanzas.

En este estado las cosas, Ernesto Alvarez, que hasta entonces habia observado una ejemplar conducta por temor seguramente á la cólera de sus protectores, fué destinado á un regimiento que se hallaba en Galicia.

Elvira tenia otro hijo, una hermosa niña que parecia destinada á heredar las gracias, virtudes y encantos de su madre, y aunque esta circunstancia contribuyera en parte á no serle tan sensible la ausencia de su hijo primogénito, no quiso emprender tan largo viaje, que debia interponer mucha mayor distancia entre ella y aquel pedazo de su corazon, sin antes darle miles de abrazos y besos de despedida.

Al efecto aprovechó la primera ocasion oportuna para pedir á su marido que la permitiese hacer un viaje á Játiva.

Al iniciar esto Elvira, Ernesto Alvarez contestó:

—Comprendo perfectamente tu deseo, pero tú tambien debes tener en cuenta que el tiempo que se me ha concedido para trasladarme de aquí á donde está nuestro nuevo regimiento, no me permite prorrogar ni tres dias la marcha.

—Me hago cargo—repuso Elvira—de la razon que te asiste en lo que acabas de alegar, pero si no tuvieras inconveniente en darme una nueva prueba de cariño, que te agradecería el corazon de una madre, todo podria arreglarse fácilmente.

—No veo medio.

—Mientras tú marchabas á tu destino, yo iba á Játiva, pasaba algunos dias con mi amiga, veia á nuestro hijo, y desde allí me trasladaba á donde tú me indicaras.

—Mucha exigencia es esa.

—Bien lo conozco; pero estoy segura que tú mejor que nadie la has de encontrar justificada, á poco que consultes tu corazón.

—Las mujeres, cuando os empeñais en una cosa, tocais todos los resortes, hasta saliros con la vuestra.

—No se trata de la mujer, Ernesto, se trata de la madre.

—Como si la madre no fuese mujer.

—En efecto, pero es una mujer dotada de una doble naturaleza; de esa naturaleza débil y mezquina que distingue á todas las de su sexo, sujeta á todas las miserias de la vida, y de esa otra naturaleza especial, tierna, noble y generosa, que encarna el amor de los amores, el amor más profundo y desinteresado, que la hace capaz de arrostrar los mayores peligros, de sufrir las más grandes privaciones, de resistir los más rudos golpes, de hacer los mayores sacrificios, de someterse á todas las pruebas, de todo, en fin, cuanto se pueda exigir de un sér en el mundo. ¿Qué no haria una madre por un hijo? La madre más vergonzosa, no vacila ni un instante en correr á mendigar la caridad pública, si ve que su hijo le pide un pedazo de pan para apagar el hambre; la mujer más egoísta se muestra dispuesta á desprenderse de todo cuanto posee para acudir á las necesidades de un hijo; la más apegada á la vida no titubea en arrostrar la muerte, si ve amenazado de ella á su hijo.

—Sin embargo—objetó Ernesto abandonando su silencio—la historia de la humanidad registra bastantes casos de madres muy descorazonadas.

—En todas las reglas se encuentran escepciones, Ernesto—observó Elvira.

—Convenido, pero yo me atreveria á probar que más son las madres que han sacrificado á sus hijos por bastardas miras, que los padres que han descendido á la menor bajeza que pudiera perjudicar á los que les dieran el sér.

—Eso es una verdadera blasfemia, Ernesto.

—Eso son apreciaciones fundadas en los hechos. Solo que el mundo ha dado en decir que no hay otro amor como el de madre, como si le hubiese dado la gana de decir lo contrario, y ha sucedido en esto como en aquello del crucifícadle! crucifícadle! hasta que por fin consiguieron llevar á su colmo la injusticia de las injusticias en la cumbre del monte Calvario.

—Siento que hayamos venido á parar á ese terreno—dijo Elvira con cierta tristeza.

—Ya sé que es una grave falta decir lo contrario de lo que derecho ó torcido se empeña en sostener la generalidad—espuso Ernesto.

—Pero en esa parte la generalidad se funda en las santas leyes de la naturaleza.

—Tendríamos mucho que hablar sobre eso.

—Saldrias completamente derrotado.

—Allá lo veríamos.

—Por fin, concretemos la cuestion.

—Es preferible, Ernesto, y en su consecuencia, me tienes dispuesta á someterme á tu voluntad: si me concedes el inmenso favor de ir á abrazar á mi hijo, te lo agradeceré; si no, me resignaré á lo que tú decidas. Mi deber es obedecer á mi marido.

—No quiero que digas que no deseo darte gusto; accedo á tu maternal demanda.

—¡Gracias, Ernesto, gracias!

Y la amante madre corrió á abrazar con la mayor emocion al que acababa de llenar su corazon de inmenso júbilo.

Ernesto Alvarez partió á los dos dias para su destino.

Elvira emprendió al dia siguiente de la marcha de su marido el viaje para Játiva.

Entónces fué, cuando encontrándose de paso en aquella pintoresca ciudad el marqués del Peral, vió á Elvira y enamoróse perdidamente de ella.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

	PÁGINAS.
PRÓLOGO.	5
CAPÍTULO I.—La Magdalena de Rivera.	19
» II.—Tres tipos y tres capuchones.	26
» III.—Inesperado cataclismo.	33
» IV.—Un ejemplo de caridad.	38
» V.—Aclaraciones.	43
» VI.—Una mirada retrospectiva.—Drama de amor.	50
» VII.—Otelo y Desdémona.	57
» VIII.—Las pruebas.	64
» IX.—Un salvador inesperado.	70
» X.—Escena trágica.	78
» XI.—Un peregrino sui géneris.	85
» XII.—El ventorrillo de la Romera.	89
» XIII.—Los postres de una cena mal preparada.	97
» XIV.—Osadía, astucia, gratitud y religion.	103
» XV.—Un cambio bien preparado.	110
» XVI.—La taberna de Susana.	116
» XVII.—De donde procedían las relaciones de Ernesto Alvarez y el bandido Martillo.	121
» XVIII.—Dos dignos instrumentos de un gran canalla.	128
» XIX.—El último golpe de mano.	133
» XX.—Un recurso mágico.	139
» XXI.—Continuacion del antecedente.	144
» XXII.—Otro conveniente abuso de Miguel Avendaño.	150

ÍNDICE.

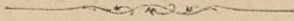
PÁGINAS.

CAPÍTULO XXIII.—Un nido de águilas convertido en morada de hombres.	158
» XXIV.—Lucila.	163
» XXV.—Pedro Lopez y una familia de provecho.	176
» XXVI.—Una infamia de Pedro Lopez.	185
» XXVII.—Se espone como supo el Gato el peligro que amenazaba á Adolfo Guzman de Haro.	192
» XXVIII.—El primer mal paso.	198
» XXIX.—En el que se ve lo que puede ocasionar un loro.	203
» XXX.—En el que se ven más claras las perversas intenciones de Adela.	207
» XXXI.—De tales padres, tal hija.	213
» XXXII.—Tres buenas piezas.	219
» XXXIII.—Indicios de un nuevo descubrimiento.	224
» XXXIV.—La Tuerta.	231
» XXXV.—La confesion.	238
» XXXVI.—Un extraño careo.	244
» XXXVII.—No contar con la huésped.	250
» XXXVIII.—Elvira y Ernesto.	257
» XXXIX.—Un auxilio inesperado.	266
» XL.—La última prueba.	270
» XLI.—Herirse con sus propias armas.	276
» XLII.—Un paso de Margarita.	282
» XLIII.—Un ente dispuesto para todo.	288
» XLIV.—Una mala nueva.	295
» XLV.—Una inocentada de tres individuos que no tenían nada de inocentes.	302
» XLVI.—El Lechuguino.	306
» XLVII.—Una contrariedad imprevista.	312
» XLVIII.—Nuevos planes de un malvado.	316
» XLIX.—En el que se ve que los tunos entre ellos se la pegan.	324
» L.—Una digna esposa.	330
» LI.—La tierra donde uno ha nacido siempre es la mejor.	336
» LII.—El espectro de don Pedro I.	342
» LIII.—Lo que puede una aficion.	348
» LIV.—Dos retratos.	353
» LV.—Consecueneias de un momento de mal humor.	357

ÍNDICE.

PÁGINAS.

CAPÍTULO	LVI.—Elvira y el brigadier don Manuel Martinez de Mendoza . .	361
»	LVII.—Conatos de un preso.	366
»	LVIII.—Una conmocion en Sevilla.	370
»	LIX.—Un hombre leal.	375
»	LX.—La fuga.	380
»	LXI.—Mentir por necesidad.	385
»	LXII.—Un mal hijo y un buen padre.	391
»	LXIII.—Un mal consejero.	396
»	LXIV.—Una de las escenas de las casas de los montañeses. . .	401
»	LXV.—Nobleza de una mujer, y ruindad de un hombre. . . .	406
»	LXVI.—El hacerles bien les sirve á ciertos séres para obrar peor.	411
»	LXVII.—El lloro de un niño.	417
»	LXVIII.—Otra mártir.	421
»	LXIX.—Quien bien hace bien encuentra.	426
»	LXX.—Donde se espone el objeto de la entrevista del brigadier don Manuel Martinez de Mendoza con Ernesto Alvarez.	433
»	LXXI.—Una expansion de dos antiguos amigos.	438
»	LXXII.—Una tia digna de una buena sobrina.	443
»	LXXIII.—Una imposicion del Gato.	450
»	LXXIV.—Un cambio por fuerza.	454
»	LXXV.—Un hallazgo en la apariencia inútil, pero en la realidad importante.	458
»	LXXVI.—La clave de Lúcas Gomez.	464
»	LXXVII.—Una proposicion aceptada.	469
»	LXXVIII.—Inútiles pesquisas de Lúcas Gomez.	473
»	LXXIX.—Justa exigencia de una madre.	477



407	1771 - El primer viaje europeo del Marqués de San Agustín a las Indias.
408	1772 - El primer viaje de San Agustín a las Indias.
409	1773 - Una comisión en Sevilla.
410	1774 - En Sevilla.
411	1775 - En Sevilla.
412	1776 - En Sevilla.
413	1777 - En Sevilla.
414	1778 - En Sevilla.
415	1779 - En Sevilla.
416	1780 - En Sevilla.
417	1781 - En Sevilla.
418	1782 - En Sevilla.
419	1783 - En Sevilla.
420	1784 - En Sevilla.
421	1785 - En Sevilla.
422	1786 - En Sevilla.
423	1787 - En Sevilla.
424	1788 - En Sevilla.
425	1789 - En Sevilla.
426	1790 - En Sevilla.
427	1791 - En Sevilla.
428	1792 - En Sevilla.
429	1793 - En Sevilla.
430	1794 - En Sevilla.
431	1795 - En Sevilla.
432	1796 - En Sevilla.
433	1797 - En Sevilla.
434	1798 - En Sevilla.
435	1799 - En Sevilla.
436	1800 - En Sevilla.
437	1801 - En Sevilla.
438	1802 - En Sevilla.
439	1803 - En Sevilla.
440	1804 - En Sevilla.
441	1805 - En Sevilla.
442	1806 - En Sevilla.
443	1807 - En Sevilla.
444	1808 - En Sevilla.
445	1809 - En Sevilla.
446	1810 - En Sevilla.
447	1811 - En Sevilla.
448	1812 - En Sevilla.
449	1813 - En Sevilla.
450	1814 - En Sevilla.
451	1815 - En Sevilla.
452	1816 - En Sevilla.
453	1817 - En Sevilla.
454	1818 - En Sevilla.
455	1819 - En Sevilla.
456	1820 - En Sevilla.
457	1821 - En Sevilla.
458	1822 - En Sevilla.
459	1823 - En Sevilla.
460	1824 - En Sevilla.
461	1825 - En Sevilla.
462	1826 - En Sevilla.
463	1827 - En Sevilla.
464	1828 - En Sevilla.
465	1829 - En Sevilla.
466	1830 - En Sevilla.
467	1831 - En Sevilla.
468	1832 - En Sevilla.
469	1833 - En Sevilla.
470	1834 - En Sevilla.
471	1835 - En Sevilla.
472	1836 - En Sevilla.
473	1837 - En Sevilla.
474	1838 - En Sevilla.
475	1839 - En Sevilla.
476	1840 - En Sevilla.
477	1841 - En Sevilla.
478	1842 - En Sevilla.
479	1843 - En Sevilla.
480	1844 - En Sevilla.
481	1845 - En Sevilla.
482	1846 - En Sevilla.
483	1847 - En Sevilla.
484	1848 - En Sevilla.
485	1849 - En Sevilla.
486	1850 - En Sevilla.
487	1851 - En Sevilla.
488	1852 - En Sevilla.
489	1853 - En Sevilla.
490	1854 - En Sevilla.
491	1855 - En Sevilla.
492	1856 - En Sevilla.
493	1857 - En Sevilla.
494	1858 - En Sevilla.
495	1859 - En Sevilla.
496	1860 - En Sevilla.
497	1861 - En Sevilla.
498	1862 - En Sevilla.
499	1863 - En Sevilla.
500	1864 - En Sevilla.

MULIER MARTIR

I.A.

LA
MUJER MÁRTIR

LA
MUJER MÁRTIR.

BARCELONA.—Imprenta de las Calles y San Sebastián. IV. 1880.

LA

MULIER MARTIR

NOVELA DE COSTUMBRES

I. A.

MULIER MARTIR

Es propiedad de los señores editores, y queda hecho el depósito prevenido por la ley para los efectos consiguientes.

Tomo II

BARCELONA

BARCELONA.—Imprenta de Baseda y Giró, Sepúlveda, 197, Ensanche.

LA
MUJER MÁRTIR

NOVELA DE COSTUMBRES

original de

DON JUAN GONZALO DE LA SELVA.

~~~~~  
TOMO II.  
~~~~~

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE MOLINAS Y PUIG,

Calle de Muntaner, núm. 10, Ensanche.

1878.

LA

MULIER MARTIR

NOVELA DE COSTUMBRES

original de

DON JUAN GONZALO DE LA SELVA

Tomo II

ELABORADA

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE AGUIAR Y TUNO

Calle de Mendocino, nº 12, de la Habana

1878

TOMO II.

CAPÍTULO I.

Lo que sucedió después de la escena que tuvo lugar en el baile de máscaras que se describió al principio del tomo primero.

Los sucesos nos condujeron á la terminacion del tomo primero al punto de partida de nuestra narracion, y preciso será que volvamos á tomar el hilo de ella, siguiendo el orden relativo de las escenas que apuntamos al principio del libro.

El lector recordará que dejamos al marqués del Peral y su insigne esposa, junto con el pintor Arturo Moncada y el secretario del primero, en la ciudad del Cid, donde tuvo lugar la estrepitosa escena promovida en un baile de máscaras por la pedante ligereza de dicho marqués.

Aquella escena habia de traer sus naturales consecuencias.

El marqués, su secretario y el pintor se encaminaron desde la Lonja, teatro del inesperado cataclismo, á la fonda donde se hospedaban, prescindiendo completamente de la ofendida esposa, que se fué por otro lado con el matrimonio que la acompañaba.

Al llegar á la fonda, el pintor díjole al marqués:

—El chasco ha sido solemnísimo.

—Lo que á mí me pasma—observó el marqués—cómo ha podido llegar eso á noticia de mi mujer.

—Tú sabrás en quien hayas podido depositar tu confianza.

—Por lo mismo; á nadie dije una sola palabra respecto al objeto de mi viaje.

—Entonces habremos de creer, como en los tiempos de la superstición, que hay brujas.

—No sé qué decirte; mas te aseguro que eso me tiene confuso, y te prometo que en adelante obraré de muy distinta manera.

—No puede sentirse lo que ha sucedido esta noche, sino las consecuencias.

—Pues yo lo que más siento es el ridículo que he corrido; que las consecuencias me importan hasta cierto punto un bledo.

—De modo que según se vé estás empeñado.....

—En seguir mi camino, venga lo que viniere.

—Eso es querer provocar decididamente un rompimiento.

—Justísimo; yo no tolero que una mujer, por más autorizada que esté, obre de la manera que ha obrado mi insigne esposa.

—Permíteme que te diga que te colocas en un terreno en el cual nadie te ha de dar la razón. ¿Has sido ó no has sido el que has faltado?

—Principio por negar que en un hombre sea una falta lo que tú consideras que lo es.

—En este caso es inútil toda observación.

—Nadie ni nada me hace desistir de mi empeño.

—Pues no hablemos más.

—Por fin, haga V. el favor de bajar abajo y encargar dos billetes para mañana—dijo el marqués dirigiéndose á su secretario que, como hemos visto, no habia desplegado los labios para nada.

—¿Para Madrid?—observó el secretario.

—Naturalmente. Y si quieres acompañarnos—añadió el marqués volviéndose al pintor—me harás un grandísimo obsequio.

—Ya sabes que no me es posible—contestó el pintor.

—Lo siento.

El secretario corrió á hacer lo que se le acababa de mandar.

Así que quedaron solos, el pintor observó:

—¿Ese jóven?...

—Eso mismo he pensado yo antes; pero tampoco sabia ni una palabra—dijo el marqués, comprendiendo la intencion de la reticencia.

—Sin embargo, hay cosas que no necesitan saberse.

—Por otra parte, debe merecerme toda mi confianza.

—Si tú lo crees así, es otra cosa.

—La persona que me lo ha recomendado, no era posible que lo hiciese sin conocerle muy á fondo.

—Suceden casos en la vida muy estraños.

—Convenido; pero el de que se trata no pertenece á ese género.

—Dispénsame, pues, el que me haya permitido hacer esa observacion, llevado del interés que me merece la amistad.

—Por el contrario, te la agradezco infinito.

En aquel momento vino á interrumpirles el jóven que habia sido objeto del diálogo, manifestando que estaban encargados los billetes.

El pintor hizo todavía al marqués alguna nueva observacion respecto á la inconveniencia de su viaje, despues de lo que habia pasado, pero el marqués mostróse tenaz en su resolucion, y Arturo Moncada, comprendiendo que no habia de sacar partido alguno, desistió de dirigirle ni una sola palabra más sobre el asunto.

Al dia siguiente á las seis de la mañana, el marqués del Peral y su secretario salian para Madrid.

Arturo Moncada partió pocas horas despues para su querida Játiva.

CAPÍTULO II.

La marquesa del Peral y su consejero.

Mientras tanto, la ofendida marquesa daba libre expansion á su cólera, en casa de los amigos donde se hospedaba.

—Estoy cansada, estoy harta de sufrir acciones de esa naturaleza—decía—y he formado la resolucion de no transigir.

—Solo puede sentirse el escándalo—observó su amiga.

—Y un escándalo de esa naturaleza habia de producir un verdadero conflicto—añadió el marido de la amiga.

Esta última observacion hizo cierta sensacion á la marquesa, que procuró disimular inmediatamente, diciendo:

—Antes que todo está mi delicadeza.

—Sin embargo—repuso el interlocutor—es preciso meditar bien las cosas.

—Vamos, Andrés, es inútil que te empeñes en lo que no he de hacer.

—Comprenderás que no me mueve sino el interés que me mereces.

—Pero debes hacerte cargo que si voy dejándolo pasar todo, llegará á tal extremo, que me tratará como la mujer más despreciable del mundo.

—Yo no quiero decir—repuso el llamado Andrés—que hagas caso omiso, sino que antes de provocar un rompimiento de cierta índole, te lo pienses bien y procures obrar con todo el tacto debido.

—Y en esa parte tiene muchísima razón Andrés—apoyó la esposa de éste.

—Yo quisiera que te encontraras en mi lugar, y veríamos que es lo que harías.

—Obraría de muy distinto modo.

—Vamos, Concha, eso es muy bueno para dicho.

—En fin, tu harás lo que quieras—dijo Andrés.

—Lo que debo.

—Pues lo que debes no es lo que tú te propones—observó Concha.

—Es muy triste, muy desesperador, lo que me está sucediendo—exclamó la insigne marquesa—porque ese hombre me lo debe todo, todo cuanto es y pueda ser; honores, título, riquezas..... ¿De dónde había de haberle venido á él á no ser que yo tuve la debilidad de otorgarle mi mano?

—¡Cómo! me dejas por cierto admirado—dijo Andrés haciendo un gran aspaviento—¿pues si yo creía?....

—Y yo también—añadió Concha.

—Creíais sin duda todo lo contrario, ¿no es eso?—repuso la marquesa irguiéndose con cierto orgullo.

—En efecto—contestaron los dos esposos.

—Pues ya veis como os equivocábais, ya veis cuán grande es el motivo por el cual no debo transigir con ese hombre en vista del comportamiento que usa conmigo. Yo soy la marquesa, yo soy la dueña de esa gran fortuna que le suministrá á ese pérfido recursos para sus calaveradas. ¿Puedo ni debo tolerar que haga lo que está haciendo?

—Verdaderamente no—dijo Andrés—pero esa misma circunstancia viene más en apoyo de mis consejos. Empleando los medios toscos, por decirlo así, que tú quieres, esos medios de que se vale la generalidad de la gente, y que por lo tanto no son propios de una persona que se encuentra á tu altura, es esponerse á caer indefectiblemente en el más chocante ridículo, es descender á un terreno en el cual se ha de encontrar el abismo, cuando ménos, del descrédito más espantoso. Porque no hay que hacerse ilusiones, el vulgo hace presa de cualquiera de esos incidentes, y los convierte en armas de la maledicencia y la murmuración, adulterando los hechos, traducién-

dolos á su modo, y haciendo por fin que cada uno de ellos sea como bomba que arrojada sobre el sugeto le aplaste de la manera más terrible.

—¿De modo que he de dejar que ese ingrato, ese pérfido, ese infame se burle de mí?—observó la marquesa con cierta irascibilidad.

—Lo que te aconseja Andrés no es eso—dijo Concha—sino que no te dejes llevar de esos arranques que han de caer en desprestigio tuyo.

—No soy tan tonta para no comprender á donde quiere ir á parar Andrés—repuso la marquesa—pero me cuesta gran trabajo reprimirme, me cuesta gran violencia tener que ceder ni un solo ápice de lo que me concede el derecho que me asiste, de lo que me otorga la razon y la justicia.

—Es que yo tampoco pretendo eso—repuso Andrés—lo que yo pretendo es que se hagan las cosas sin ruido.

—Con ese hombre es imposible.

—¿Cómo imposible?

—Imposible, porque cuanto más se le dispense, cuantas más contemplaciones se emplean con él, más abusa.

—Consistirá en que hasta hoy no ha visto tomar una resolucion seria.

—Es muy audaz y mucho más travieso de lo que parece.

—Estraño que seas tú la que eso dice.

—No sé por qué.

—Porque en otro tiempo no te faltaba á tí lo uno y lo otro de lo que le atribuyes al que hoy es tu marido, y que segun parece te causa cierto respeto.

La marquesa hizo un movimiento que podía traducirse como una demostracion en contra de la última frase de Andrés; pero en el fondo no era sino la espresion de la contrariedad que le causara el que tan justamente se hubiese interpretado lo que en efecto en su interior experimentaba.

A pesar de sus alardes, á pesar de sus violentas manifestaciones, á pesar de todo, la marquesa no se atrevia á atacar de frente á su infiel esposo.

Habia seguramente entre ellos algo misterioso que les contenia, no solo á ella, si que así mismo al marqués, en un límite del cual no se atrevian á pasar; y si él abusaba, como se ha visto, y ella se dejaba llevar en un momento dado de un arranque de despecho, pronto vol-

vian á reconciliarse, llevados seguramente de un interés particular, de una oculta conveniencia que les tenia atados el uno al otro con lazos de bronce.

—Te equivocas, Andres— dijo la marquesa contestando á las últimas palabras de su interlocutor—no es que me imponga su audacia y su travesura, antes al contrario, es para demostrarte que todo medio que se emplee con él, á no ser el del verdadero escándalo, será inutil.

—Si tú quisieras seguir el plan que yo te trazara, allá veríamos— repuso Andrés.

—Vaya, para que no digas que soy terca y que me niego á escuchar la voz de la amistad, no tengo inconveniente en someterme á ese plan que tú crees de tan eficaz resultado.

—Bueno, pues, desde mañana principiaremos nuestras operaciones. Porque me parece que ya es una hora bastante avanzada para que pensemos en descansar.

—Acaban de dar las cuatro—dijo Concha.

—Jesús! no creia que fuese tan tarde—exclamó la marquesa.

—Y con el viaje que has hecho, y la trifulca del baile, no sé como has podido resistir hasta tan tarde.

—Sostenida por el coraje.

—¡ Buena tonta! Él quizás esté mientras tanto haciendo de las suyas con sus compañeros.

—Es lo más probable, y eso es lo que acaba de ensoberbecerme.

—Nada, nada, hasta mañana, que daremos principio á nuestro plan de operaciones—dijo Andrés.

—Bueno, hasta mañana—contestó la marquesa.

—Y cada cual se metió en su respectiva habitacion para entregarse al descanso y esperar el dia siguiente á fin de poner en práctica sus proyectos, encerrados hasta entonces en el misterio.

CAPÍTULO III.

Una contrariedad con la cual no contaban los que la experimentaron.

La marquesa y su nuevo consejero no contaban con que al día siguiente habian de encontrarse sin el marqués, en la fonda donde sabian que se hospedaba.

La sorpresa fué por consiguiente mucho mayor, cuando creyendo que cuando ménos habia de permanecer allí aquel día, aunque no fuera sino para reponerse del golpe sufrido en la pasada noche, se les dijo cuando fueron á preguntar por él, que habia salido para Madrid, á las primeras horas de la mañana.

Esta inesperada contrariedad, se oponia en parte á los planes proyectados por el nuevo Mecenas de la marquesa, que no pudo ménos de manifestarse disgustada.

La marquesa comprendió que le sucedia en el interior de su amigo, y dijo:

—Ya ves como yo tenia razon; con ese hombre no puede andarse con contemplaciones.

—Creia que hubiese obrado de otro modo—contestó Andrés.

—Por mi parte, anoche mismo hubiese dado el paso que hoy hemos intentado.

—Anoche no era posible.

OBRA EN PUBLICACION.

LA MUJER MARTIN, por D. Juan Gonzalez de la Sola. Se repartira por entregas de ocho grandes paginas en cuatro á MEDIO real cada una en toda España.
La adorna preciosas laminas debidas al lápiz del reputado artista St. Pansa.
Daremos con toda exactitud un cuaderno semanal con 4 entregas, ó sean 32 paginas, á 2 rs.
Toda la obra constará de 28 á 30 cuadernos.

EL PRIMER AMOR, por A. no Gavillo. Se reparte por entregas de ocho paginas, á UN cuartillo de real por cuaderno en un manual que constará de 64 paginas, ó sean 8 entregas, al precio de 2 rs.
La adorna preciosas laminas debidas al lápiz del reputado artista St. Pansa.
Toda la obra constará de 28 á 30 cuadernos.

OBRA TERMINADA Y LAS QUE SE ADMITE SUSCRICION.

LAS MUJERES DE CORANON, novela de costumbres, escrita por Alonso Gavillo y adornada con magnificas laminas debidas al lápiz de los aventajados artistas D. Eusebio Pansa y D. Tomás Pansa.
UN cuartillo de real la entrega.
Toda la obra consta de 20 cuadernos de 2 rs. cada uno.

HISTORIA DE GIL BLAS DE SANTIILLANA, adornada con preciosas laminas sueltas del reputado artista D. Tomás Pansa.
UN cuartillo de real la entrega.
Toda la obra consta de 15 cuadernos de 2 rs. cada uno.

LAS BAZAS HUMANAS, por Ana Yguero, edición de gran lujo con papel plaseado, magnificas laminas sueltas, y grabados intercalados en el texto, debidas al lápiz de los primeros artistas de Europa.
Toda la obra consta de 22 cuadernos de 2 rs. cada uno.
UN cuartillo de real la entrega.

OBRAS EN PUBLICACION.

LA MUJER MÁRTIR, por *D. Juan Gonzalo de la Selva*. Se repartirá por entregas de ocho grandes páginas en cuarto, á MEDIO real cada una en toda España.

La adornan preciosas láminas debidas al lápiz del reputado artista Sr. Planas.

Daremos con toda exactitud un cuaderno semanal con 4 entregas, ó sean 32 páginas, á 2 rs.

Toda la obra constará de 25 á 30 cuadernos.

EL PRIMER AMOR, por *Álvaro Carrillo*. Se reparte por entregas de ocho páginas, á UN cuartillo de real una. Daremos un cuaderno semanal que contenga 64 páginaas, ó sean 8 entregas, al precio de 2 rs.

La adornan preciosas láminas debidas al lápiz del reputado artista Sr. Planas.

Toda la obra constará de 25 á 30 cuadernos.

OBRAS TERMINADAS Á LAS QUE SE ADMITE SUSCRICION.

LAS MUJERES DE CORAZON, novela de costumbres, escrita por *Álvaro Carrillo* y adornada con magnificas láminas debidas al lápiz de los aventajados artistas D. Eusebio Planas y D. Tomás Padró.

UN cuartillo de real la entrega.

Toda la obra consta de 20 cuadernos de 2 rs. cada uno.

HISTORIA DE GIL BLAS DE SANTILLANA, adornada con bonitas láminas sueltas del reputado artista D. Tomás Padró.

UN cuartillo de real la entrega.

Toda la obra consta de 15 cuadernos de 2 rs cada uno.

LAS RAZAS HUMANAS, por *Luis Figuiet*, edicion de gran lujo, con papel glaseado, magnificas láminas sueltas, y grabados intercalados en el texto, debidos al lápiz de los primeros artistas de Europa.

Toda la obra consta de 22 cuadernos de 2 rs. cada uno.

UN cuartillo de real la entrega.

3 4